

ORACIÓN DEL ESTUDIANTE AL SANTÍSIMO CRISTO DE LA BUENA MUERTE

Hoy me presento ante ti avergonzado, con la cabeza gacha y la lengua muda porque no soy digno de ti, ni tampoco merecedor de tu misericordia eterna. Y aun así, Tú siempre tienes los brazos abiertos para mí. En la oscuridad de mi alma eres Tú quien me ilumina. En la soledad de un abarrotado mundo cada vez más enfrentado eres Tú quien me acompaña. Porque solo Tú conoces los secretos de mi ser y las miserias de mi oscuro corazón y, sin embargo, mi cabeza, complacida y satisfecha por los placeres del mundo, se niega a reconocer la evidencia: solo en ti está la vida. Solo en tu cruz la felicidad.

Hoy, delante de mis hermanos, quiero quitarme la coraza de la rutina y los horarios para que mi corazón pueda respirar libre, sin miedo y cerca de ti.

Señor de la Buena Muerte, lo confieso, tengo miedo. Miedo de la cruz y también del amor, porque no soy digno de él. Tú también tuviste miedo aquella noche en Getsemaní y, como yo hago hoy contigo, también le abriste tu corazón al Padre antes de aceptar la cruz. La cruz que redime a toda la humanidad. La cruz que me salva. Y es por eso que ni siquiera puedo mirarte sin sentir vergüenza. Al mirar hacia arriba veo tus manos traspasadas y clavadas al madero y pienso en las veces que me quejé al ayudar a alguien. Veo tu cuerpo sangrante y dolorido y me arrepiento de cada golpe que yo, pecador, te sigo dando cuando caigo. Veo tu cabeza rendida, sin aliento, y recuerdo todas las veces que como Pedro te negué. Veo tu costado abierto y cuento cada una de las veces que rechacé dar agua al hermano sediento y que sufría. Y de esta forma mis ojos van de mi cuerpo a tu cuerpo buscando tu infinita misericordia.

Señor, perdona mis culpas y transforma mi corazón para que acepte sin miedo la cruz y poder ser en este mundo, en la Universidad, al igual que tu lo eres, consuelo para el que sufre y mensajero de tu Palabra de Vida Eterna. Porque nadie llega al Padre si no es a través de ti y vana sería mi fe si pensara que tu Buena Muerte fue el final. Que la

Angustia y el dolor del Calvario lo fueron todo. Sin embargo, tú nos dijiste que la muerte no es el final del camino.

Tu camino hacia la cruz, que es también el nuestro, es duro y está sembrado de espinas. A pesar de ello, no debe ser un camino de tristeza, dolor y muerte, sino que es un camino de alegría, fe y vida. Como cristianos todos estamos llamados a la esperanza y solo en ella podemos vivir. Esta es nuestra mayor alegría, aunque a veces se nos olvida y nos perdemos. Erramos. Pero Tú, Señor, eres el Buen Pastor y siempre nos buscas de alguna u otra manera. En estos años mientras estudiaba han sido muchas las veces que me he alejado pero siempre has encontrado la forma de hacerme ver el camino. Cuando llegaba aquí a esta capilla para postrarme ante ti, Tú siempre me has recibido haciéndome ver que nada había cambiado. Que tu amor por mí seguía igual, que eres mi padre y yo tu hijo amado.

Cada día y cada minuto Cristo llama a la puerta de nuestro corazón esperando una respuesta, buscando un resquicio por el que entrar. Cualquier momento es bueno para dejar que Dios actúe a través de nosotros, pero para ello debemos confiarnos del todo a él, poner nuestro corazón en sus manos, como hizo Cristo. Decía Santa Teresita del Niño Jesús que la santidad no es más que la disposición del corazón. Muchas serán las dificultades, pero también numerosas las gracias que el Señor ponga en nuestro camino. Solo Él conoce nuestro plan de salvación, ese que tiene para ti y para mí. Por ello murió en la Cruz y por eso estamos nosotros hoy aquí. Porque la cruz de Cristo florece bajo la luz de Dios. Así también, bajo una nueva luz y un nuevo espíritu, florecieron los apóstoles y los santos y así, Señor, también quiero florecer yo.

Amén.

Juan Francisco Peña Santos